



LA OTRA UTOPIA

APUNTES PARA ENTENDER EL CONTEXTO CULTURAL DE LOS PROYECTOS DE AULA

JORGE ARMAND

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES-CENTRO DE INVESTIGACIONES ETNOLÓGICAS

Resumen

La tesis central planteada en este ensayo se relaciona con un concepto de cultura emparentado con la noción de gestalt. Como sabemos, "gestalt" es un vocablo alemán que significa "orden, estructura, forma", el cual representa el punto de partida de la Gestaltpsicologie. Para esta escuela de psicología, la forma personal como el individuo organiza y da sentido a los datos concretos o abstractos que en cada momento recibe del mundo; es decir, su forma particular de interpretar los hechos que componen la "realidad", está prefigurada en sus experiencias anteriores.

Si extendemos el concepto psicológico de gestalt a las esferas de estudio de la antropología tendremos que la forma colectiva como los grupos sociales o comunidades perciben el mundo y desarrollan cosmovisiones, depende de sus particulares experiencias como grupo. De allí que podamos definir "cultura" como aquella gestalt colectivamente desarrollada y asumida por los integrantes de un determinado grupo social o comunidad; gestalt que constituye el denominador común de todas las "gestaltes" –y perdónese la pluralización en español de un término alemán– de los individuos que integran el grupo.

De esta definición de la cultura se desprende que ésta no puede ser sino un fenómeno relativo, cuya validez y trascendencia están limitadas por la gestalt o cosmovisión de cada grupo social. De allí que no tiene sentido hablar de la existencia de culturas "universales" o "superiores", a no ser que se parta de una postura etnocéntrica y por lo tanto arbitraria.

Abstract THE OTHER UTOPIA: SUGGESTIONS THAT MAY HELP UNDERSTAND THE CULTURAL CONTEXT OF CLASSROOM PROJECTS.

The central idea of this essay is based on the concept of culture arising from the notion of gestalt. "Gestalt" is a German word meaning "order, structure, form", and is the starting point for gestalt psychology. According to this school of psychology, the way the individual organizes and gives meaning to concrete or abstract data emanating from the external world (the way the individual interprets "reality") is determined by prior experiences.

Extending the concept of gestalt psychology to anthropology, it can be seen that the way social groups or communities collectively see the world depends on their own experiences as a group. Thus we can define "culture" as the collectively developed gestalt that is adopted by the members of a given social group or community. This gestalt would be the common denominator of the gestalts of the individual members of the group.

From this definition of culture it follows that it can only be a relativistic phenomenon, with a validity and significance limited by the gestalt or cosmovision of each social group. Thus it makes no sense to talk of "universal" or "superior" cultures, unless we are assuming an ethnocentric, and therefore arbitrary, viewpoint.



La tesis central planteada en este ensayo se relaciona con un concepto de cultura emparentado con la noción de gestalt. Como sabemos, “gestalt” es un vocablo alemán que significa “orden, estructura, forma”, el cual representa el punto de partida de la **Gestaltpsychologie**. Para esa escuela de psicología, la forma personal como el individuo organiza y da sentido a los datos concretos o abstractos que en cada momento recibe del mundo; es decir, su forma particular de interpretar los hechos que componen la “realidad”, está prefigurada en sus experiencias anteriores.

Si extendemos el concepto psicológico de gestalt a las esferas de estudio de la antropología tendremos que la forma colectiva como los grupos sociales o comunidades perciben el mundo y desarrollan cosmovisiones, depende de sus particulares experiencias como grupo. De allí que podemos definir “cultura” como aquella gestalt colectivamente desarrollada y asumida por los integrantes de un determinado grupo social o comunidad; gestalt que constituye el denominador común de todas las “gestaltes” –y perdónese la pluralización en español de un término alemán– de los individuos que integran el grupo.

De esta definición de la cultura se desprende que ésta no puede ser si no un fenómeno relativo, cuya validez y trascendencia están limitadas por la gestalt o cosmovisión de cada grupo social. De allí que no tiene sentido hablar de la existencia de culturas “universales” o “superiores”, a no ser que se parta de una postura etnocéntrica y por lo tanto arbitraria.

La modernidad como cultura

En mi ensayo titulado **Más allá de la Modernidad: del mito del Eterno Progreso al mito del Eterno Retorno** (1998), sostuve desde un punto de vista antropológico que la modernidad como fenómeno constituye esencialmente una cultura en los términos que venimos de exponer. De allí que para aproximarnos a un estudio científico de la misma debemos mantener el mismo desapego o distanciamiento que el método antropológico exige para el estudio de las denominadas culturas “primitivas”.

Desde este punto de vista, la modernidad no es otra cosa que la cultura de esas etnias comúnmente denominadas “occidentales”. Como sabemos, esta cultura

se origina en Europa occidental hacia mediados del siglo XVII d.C. a partir de un sustratum o matriz cultural más amplio que se denomina “civilización occidental”. Por lo tanto, la modernidad representa una parte de esa civilización, aunque posee rasgos que permiten considerarla como una cultura especial. Para ser más precisos, debemos decir que la modernidad constituye lo que algunos antropólogos denominan una **fase cultural**. Concepto éste que reemplaza a las nociones de edad y época utilizados por la historiografía convencional.

Como sabemos, a finales del siglo XVIII surge en Europa occidental la división de la historia en épocas Antigua, Clásica, Medioeval, Renacentista y Moderna; división que se basa en arbitrariedades como esa de que el tiempo absoluto existe, o peor aún, de que éste es lineal y acumulativo, cosas que ni la filosofía ni la física han podido demostrar, pero que a mediados del siglo XIX permitieron a pensadores como L.H. Morgan desarrollar teorías sociales que todavía a principios del siglo XXI siguen influyendo... Otra de esas arbitrariedades, derivada de la que venimos de señalar, es presumir que la historia particular de Europa y en general de todo el mundo occidental, es el eje en torno al cual se organizan en última instancia las historias particulares de las miles de diversas regiones y culturas del planeta.

En lugar de sumarnos a esa concepción lineal y etnocéntrica de la historia, preferimos concebir el devenir de la humanidad simplemente como un caleidoscopio de culturas y civilizaciones diversas, que en escala de tiempo relativas, se han desarrollado a veces en forma paralela a veces interactuando mutuamente. Como pudo ser deducido, esta concepción alternativa descalifica la noción de “Historia Universal” y propone en su lugar la noción de la Historia como conjunto de historias locales y regionales interrelacionadas. Este no es un cambio intrascendente, puesto que entre otras cosas implica dejar sin fundamento la noción de “progreso”, la cual conforma la matriz que da origen en el siglo XIX a las ciencias sociales en general y a todo un conjunto de métodos de estudio de los fenómenos históricos y sociales todavía en uso.

Las ideas de progreso y de historia universal han tenido graves consecuencias para América, África y Asia, ya que fue precisamente en nombre de esas ideas-semillas que se perpetraron los genocidios y etnocidios inherentes a la colonización europea de América, África y Asia. Aún en los actuales momentos, las mismas ideas sirven para justificar la jerarquización de los pueblos del mundo en dos categorías humanas: de un lado las naciones “desarrolladas” y del otros las “sub- desarrolladas”, así como para fundamentar el actual orden mundial, compuesto por un “centro”, integrado por los países del

denominado “primer mundo”, básicamente occidentales, y una “periferia”, constituida por esa inmensa mayoría de la humanidad denominada “tercer mundo”.

Los mitos fundacionales de la modernidad

Los registros de la etnología permiten afirmar que las cosmovisiones de casi todas las sociedades se estructuran en torno a conjuntos de explicaciones intuitivas acerca del mundo. Estas explicaciones intuitivas representan los mitos. Por supuesto, en este caso el término nada tiene que ver con las fabulaciones a las que alude el uso común del mismo.

Los mitos desempeñan funciones vitales, como son explicar la génesis o el rol de las principales cosas y creaturas que nos rodean, así como la propia cultura y la de otros pueblos o grupos sociales. Ciertos mitos representan arquetipos que modelan las instituciones más importantes y sistemas de valores de la sociedad, sirviendo de esa manera de fundamento o matriz de la gestalt de la misma. Tales mitos constituyen lo que hemos denominado **mitos fundacionales**.

La modernidad en tanto que cultura no está exenta de estos mitos, puesto que además de reproducir algunos de los mitos más importantes de la civilización occidental, tiene los suyos propios que la caracterizan. Así, por ejemplo, a partir del mito bíblico del hombre como amo de la Creación, la modernidad crea, profundizando ese mito, el del **individuo como alfa y omega del Universo**. Además, a diferencia de las otras fases culturales de la civilización occidental y de otra forma de cultura conocida, la modernidad concibe al tiempo a imagen de una flecha proyectada hacia un nebuloso más allá llamado “futuro”, al cual se le rinde culto por ser la tierra prometida por la Ciencia, donde los hombres serán redimidos de todos sus males. Este mito es el mismo que en otra parte hemos bautizado **mito del Eterno Progreso**, el cual representa sin duda alguna el más conspicuo de la modernidad.

Ahora bien, existe una relación que podemos llamar “consanguínea”, entre los mitos de la modernidad y el capitalismo, la cual se establece sobre la base del mito del individuo como ente central del Universo. Es a partir de este mito fundacional que la apropiación privada del trabajo colectivo es socialmente legitimada, y lo que es más importante, convertida en condición **sine-qua-non** para el funcionamiento de la sociedad. En este caso observamos cómo el mito sirve de base al sistema económico-social, y cómo éste a su vez confirma aquel.

Es importante notar que este mecanismo de retroalimentación representa un patrón general de relación entre los sistemas económico-sociales y los mitos fundacionales en todas las culturas.

Otro de los mitos fundacionales de la modernidad es el del **la Razón Tecno-científica como logos absoluto**; mito que también se relaciona de manera consanguínea con el capitalismo y mantiene con él vínculos de retroalimentación. Es así como a través de las innovaciones técnicas, el empresario obtiene mayores beneficios económicos, reforzando por esa vía las estructuras del sistema capitalista, lo que a su vez conduce a nuevas innovaciones. Por otra parte, la competencia entre las empresas por controlar mayores espacios en los mercados estimula el interés por introducir nuevas técnicas y productos. Es justamente este mecanismo de retroalimentación entre el mito de la Razón Tecno-científica como logos absoluto y los sistemas económico-social y tecnocientífico de esta cultura, lo que explica el vertiginoso desarrollo de la esfera tecnológica en los últimos 150 años, así como la explosión de la producción y el consumo durante el mismo período; es decir, en otras palabras, el llamado “progreso”.

Modernidad, capitalismo y socialismo

Son las relaciones consanguíneas y de retroalimentación existentes entre los principales mitos fundacionales de la modernidad y el capitalismo, lo que radicalmente separa al socialismo de la modernidad. A diferencia de la naturaleza moderna del capitalismo – recordemos que este sistema aparece de modo espontáneo e independiente únicamente en los países de Europa occidental–, el socialismo surge en los mismos como parte del proceso de transculturización que se establece a partir del siglo XVI entre América y Europa. Es así como el llamado “comunismo primitivo”, para emplear la expresión de F. Engels, el cual caracterizó a la mayoría de las sociedades de la América prehispánica, al igual que el “socialismo teocrático” del antiguo Perú, pasaron a formar parte de ese extenso abanico de “descubrimientos” que los europeos hicieron en tierras americanas a raíz de los viajes de Colón, conjuntamente con el cultivo de la papa, el tabaco, cacao, el maíz, la quina, la coca, el frijol y muchos otros. Las formas igualitarias de organización social que los conquistadores europeos observaron en América, actuaron sin lugar a dudas como semillas en el pensamiento colectivo de los europeos, los cuales, en su momento, sirvieron de

inspiración a pensadores como Rousseau, Saint-Simon y Engels para concebir sus principios de democracia social y socialismo. De allí que el socialismo sea una idea exótica dentro de la modernidad, y ello no sólo por su proveniencia geográfica, si no preeminentemente por haber emanado de una gestalt diametralmente opuesta a la de la modernidad. En América prehispanica, el hombre no es como una porción solidaria e indisoluble del Universo, en especial del universo social. Esta fundamental diferencia, aunada a concepciones radicalmente distintas sobre el rol del individuo, explica por qué en todo el mundo occidental, luego de más de un siglo de intenso enfrentamiento ideológico y político, el modelo de organización económico-social del capitalismo termina por imponerse sobre el del socialismo. La causa de este desenlace radicó en la incapacidad del socialismo de absorber los mitos de la modernidad, o mejor dicho, en la incapacidad de la modernidad como cultura de asimilar un sistema económico-social como el socialista, ya que como lo hemos visto, existen relaciones indisolubles entre los mitos fundacionales de las culturas y sus sistemas económico-sociales.

Todas las revoluciones socialistas, incluyendo las de China, Vietnam y Cuba, alteraron únicamente estructuras políticas, económicas y sociales, dejando intactos o inseparables del capitalismo, como son, especialmente, los mitos relacionados con el progreso, la tecnología y el consumo. El hecho de que sólo ciertos tipos de socialismo hayan podido sobrevivir a principios del siglo XXI, y esto únicamente en naciones de raigambre no occidental, confirma nuestra tesis de que el socialismo y la modernidad como cultura son mutuamente excluyentes.

Crítica del desarrollo

Como se desprende de la visión teórica que venimos exponiendo, el consustancial afán de la modernidad por llevar adelante un desarrollo social concebido fundamentalmente como crecimiento económico, constituye un reflejo fiel de los mitos que subyacen en esta cultura. Por otro lado, a partir de los años 50 del siglo pasado, las naciones occidentales decidieron que los países del “tercer mundo” podían también “desarrollarse”, y ello no a causa de un arrepentimiento por sus 500 años de brutal explotación colonialista del “otro”, si no por la propia necesidad de evitar que esos “otros” cayeran en la tentación revolucionaria representada por el entonces creciente poder socialista, así como por la necesidad de crear mercados nuevos para

sus industrias, renovadas y ampliadas luego de la devastación de la Segunda Guerra Mundial.

No obstante, después de más de medio siglo de inconmensurables inversiones en pro del “desarrollo” de los países del “tercer mundo”, la brecha entre los países del mundo occidental y del mundo no occidental, o al menos respecto a las mayorías de estos últimos, no ha hecho más que ampliarse; es así como la pobreza, el hambre, las enfermedades, el desempleo, la marginalidad, etc., no han hecho más que crecer en la mayor parte del planeta. Quien dude de este aserto que lea los informes que anualmente publican organismos mundiales tales como el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo Humano (PNUD), la Organización Mundial de la Salud (OMS), la Organización Internacional del Trabajo (OIT), la Organización de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), etc. Además estas mismas fuentes señalan que desde 1990, cuando se inicia la denominada “globalización”, que de paso sea dicho, no representa otra cosa que la última ola expansiva del capitalismo y de la modernidad en general, la velocidad del incremento de esos males se ha acelerado.

En mi opinión, las causas profundas del fracaso de la ideología del desarrollo se hallan en haber querido forzar dentro de las culturales no occidentales, ideas y modelos que corresponden únicamente a la modernidad, y en muchos casos contradicen los mitos fundacionales de esas culturas. A diferencia de las instalaciones industriales, los modelos de constitución o las modas del vestir, los mitos y valores desarrollados por las sociedades a lo largo de siglos o milenios, no pueden ser transplantados. Para ello habría que erradicar los mitos y valores de las culturas receptores, lo que significa la destrucción de sus identidades y el desarraigo colectivo. Esto es precisamente lo que está ocurriendo en algunos grupos indígenas de América del Sur, quienes han optado por entregarse al alcoholismo.

La crisis global

Desde hace varias décadas el planeta se encuentra en crisis como resultado de la agudización de dos de las principales contradicciones inherentes a la modernidad: por una parte, la contradicción entre el Hombre y la Naturaleza, y por otra parte la contradicción entre las clases sociales y naciones. La convergencia en tiempo y espacio de estas dos clases de contradicciones ha derivado en un desequilibrio que podemos denominar “crisis global” porque no sólo abarca la geografía toda del planeta, sino también la totalidad de los aspectos de la

vida. Las contradicciones señaladas derivan de la gestalt de la modernidad. Veamos: de su antropocentrismo emana un innato antagonismo con la naturaleza, así como, por otra parte, ese doloroso sentimiento de soledad existencial que caracteriza al hombre de la modernidad. De su ilusión en el progreso y en el poder omnímodo y eterno de la tecnociencia, y en particular de su culto a la innovación, surge esa típica inclinación a exacerbar las variables del sistema-mundo y a producir inestabilidad y crisis en todos los ámbitos de la vida.

Una de las variables que más exagera esta cultura es la producción y consumo de bienes materiales, lo que se manifiesta en el culto al llamado “Producto Interno Bruto” o PIB o edificación del crecimiento económico. Este último es concebido como una panacea para todos los males de la humanidad, aunque en realidad sólo sea una compulsión patológica por producir y consumir cada vez más en una progresión pretendidamente ilimitada.

Afortunadamente, cada día resulta más evidente que

esta inclinación a maximizar constantemente la variable productiva está actuando como la causa principal del cada día más grave desequilibrio ecológico del planeta. Las dimensiones del desequilibrio ecológico actual no tiene precedentes conocidos desde que concluyó la Era de las Glaciaciones, hace unos 12.000 años aproximadamente, y así lo demuestra el exponencial incremento que ha experimentado la temperatura media de la atmósfera de la Tierra desde el advenimiento de la Era Industrial, hace unos 300 años más o menos, especialmente a partir de la última década del siglo pasado, tal como lo señalan lo más recientes informes de la Organización Mundial de Meteorología (OMM), el Worldwatch Institute y otros organismos mundiales. Todo esto tiene que ver con las cada día más cuantiosas emisiones de dióxido de carbono (CO₂) y otras sustancias derivadas de las instalaciones industriales, aparatos de uso doméstico, automóviles, aviones, etc.

Del lado de las contradicciones sociales de la



modernidad, el capitalismo hiperglobalizado y desenfrenado de finales de siglo pasado y principios del presente siglo, está produciendo en todos los continentes, incluyendo el europeo y el norteamericano, graves estragos socio-económicos, así como la profundización de la denominada “brecha Norte-Sur”.

A todos estos desequilibrios hay que agregar la cada vez más extensa epidemia mundial del SIDA, la aparición de nuevas cepas de virus, bacterias, hongos e insectos que atacan a humanos, plantas y animales, muchas de ellas derivadas, paradójicamente, del uso de los antibióticos e insecticidas creados por la modernidad; la persistencia del cáncer y el regreso de enfermedades como la malaria, el cólera, el dengue y la influenza, etc., todo ello en relación con el fracaso de las estrategias básicas de la tecnociencia de la modernidad para combatir las patologías en general. Además debemos mencionar la indetenible drogadicción, sobre todo en los países del Norte, la destrucción de la familia como institución, la violencia generalizada en las grandes urbes y otros males que indudablemente se encuentran asociados a la decadencia y crisis final de una forma de cultura devenida hegemónica a partir de las postrimerías del siglo XX.

Ahora bien, como ha sido previsto por especialistas en dinámica de sistemas (Meadows et al, 1972 y 1993), es posible prever que durante la primera mitad del presente siglo se produzca la convergencia de un crecimiento exponencial de varios de los factores que están provocando la presente crisis global, como por ejemplo: un incremento de 2 grados centígrados en la temperatura media de la atmósfera (actualmente ya tiene casi un grado por encima de lo normal), la extensión del SIDA hasta alcanzar el 30% de la población mundial y del desempleo hasta un 60% de la misma. Esta convergencia de factores exponenciales podría desencadenar un súbito proceso de desorden o caos sistémico en todo el planeta, el cual desestabilizaría irreversiblemente el presente orden mundial y echaría por tierra el edificio completo de la civilización occidental. Destino éste que ya sufrieron algunas civilizaciones del pasado, pero que en relación con la modernidad y las presentes condiciones del planeta podría tener dimensiones inéditas.

La otra utopía

Desde los tiempos de F. Bacon y R. Descartes en el siglo XVII, la modernidad se ha pensado a sí misma como el gran proyecto universal que redimiría a la humanidad de todos sus males por obra de la Razón con “r”

mayúscula, y principalmente de la razón tecnocientífica. Dentro de esta concepción, el indetenible progreso de la ciencia y la tecnología irían progresivamente erradicando del mundo el hambre, las enfermedades, las guerras, el esfuerzo del trabajo y todos esos otros males que pesan sobre la especie humana desde los tiempos de Adán y Eva. Sin embargo, la lógica interna de la modernidad, expresada originalmente en las obras de Bacon y Descartes, ha conducido a la expansión de la esfera de la tecnociencia a expensas de los ecosistemas naturales; esfera que eventualmente remplazaría la biosfera por un sistema integralmente artificial o **Tecnósfera**, controlado por la razón. Esta misma lógica, llevada hasta sus últimas consecuencias, conduciría a última instancia al completo dominio y sustitución de ese aspecto **sui-generis** de la biosfera que denominamos “alma o psiquis” humana. En efecto, el desarrollo de la cibernética y de la llamada “inteligencia artificial”, la posibilidad de producir en laboratorio seres humanos genéticamente idénticos, las nuevas drogas psicotrópicas para controlar las emociones y sentimientos y las técnicas de manipulación del comportamiento por medio de la publicidad, las biotecnologías, etc., preparan el camino hacia esa meta y dan un renovado aliento a la utopía de la modernidad.

Dentro de la utopía de la modernidad, el triunfo definitivo de la Razón sobre la Naturaleza significaría el fin de todos los desequilibrios sociales y ecológicos provocados, precisamente y paradójicamente, por la misma razón tecnocientífica. Es más, a pesar de que el frágil equilibrio climático planetario que permitió el surgimiento de las primeras civilizaciones humanas hace unos 8.000 años ha sido seriamente trastocado por los efectos de la tecnociencia de la modernidad, provocando así, entre otros macrodesequilibrios el llamado “efecto invernadero” y la fisura de la capa de ozono, Occidente remoja su vieja utopía por medio de un modelo de globalización concebido en función exclusiva de sus propios intereses civilizatorios, lo cual no deja de tener sus nuevos apóstoles, como lo demuestran las obras de Francis Fukuyama (1989) y Alvin Toffler (1980).

Ahora bien, frente al **impasse** al que ha sido conducida la humanidad por la utopía de la modernidad; y ante la perspectiva real de un mundo transformándose rápidamente en “aldea global” por los efectos de las nuevas tecnologías comunicacionales, la especie humana no tiene más que tres alternativas históricas: 1) se empeña ciegamente en mantener su rumbo hacia un Apocalipsis ecológico y social; 2) realizando el sueño de la modernidad, logra por medio de la tecnociencia, controlar los grandes desequilibrios que ella ha creado, en cuyo caso arribaríamos finalmente a un mundo artificial y

deshumanizado similar al “mundo feliz” descrito por A. Huxley (1934); y 3) que asuma una nueva gran utopía o proyecto universal que la guíe hacia un modelo de civilización global distinto al representado por la modernidad.

Las características de esta nueva civilización global han sido ya esbozadas en nuestra obra citada al comienzo de este ensayo, pero muy sintéticamente las mismas podrían ser resumidas como: una Ciencia Holística, una

Ética Cósmica, una Economía Homoestásica, la prioridad de la **Distribución** por sobre la producción económicas, una Tecnología de reinserción en la Biosfera, y un modelo pluricultural de globalización basado en un gobierno mundial que represente la autonomía e igualdad de todas las naciones y se fundamente en los principios del federalismo y el mutualismo internacionales. **E**

Páramo El Tambor, Luna Llena de Mayo de 2000

Nota

Ponencia presentada ante el IV Congreso Nacional de la Asociación Latinoamericana de Estudios de África y Asia. Mérida, 17-19 de mayo 2000.

III Premio de Ensayos de la Asociación de Profesores de la Universidad de Los Andes (APULA), Mérida, Venezuela, Julio de 2000.

Bibliografía

Armand, Jorge (1998) *Más allá de la Modernidad: del mito del Eterno Progreso al mito del Eterno Retorno*. Mérida-Venezuela: Dirección de Cultura y Extensión, Universidad de Los Andes, 102p.

Fukuyama, Francis (1989) *The End of History*. Washington: The Nation

Huxley, Aldous (1934) *Un mundo feliz*. España: Burguera.

Meadows, D. et al (1972) *The Limits to Growth*. New York: Mac Graw Hill.

_____ (1993) *Más allá de los límites del crecimiento*. New York: Mac Graw Hill.

EDUCERE
La Revista Venezolana de Educación

Requiere

DISTRIBUIDORES Y PUNTOS DE VENTA EN EL PAÍS PARA SU COMERCIALIZACIÓN

Interesados comunicarse con el Lic. Pedro Rivas

Telefax: 0274-240 18 70 • Teléfonos: 0414-7466055

Correos Electrónicos: educere@ula.ve / rivaspj@ula.ve / rivaspj@yahoo.com

Requisitos:

1. Datos personales: Currículum Vitae, dirección de habitación, trabajo o institución donde estudia con sus respectivos teléfonos
2. Carta de compromiso
3. Explicación del potencial de venta de la revista en la zona de distribución, así como de la cantidad de revistas que podrían demandarse para su envío respectivo.

Universidad de Los Andes. Complejo Universitario “La Liria”. Av. Las Américas. Edif. “A”, Piso 2°, Oficina PPA